



# OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



054-01

## EL FILÓSOFO EN LA SOCIEDAD

Jacques Maritain

‘The Philosopher in Society’. Conferencia dictada en el Foro de la Escuela de Graduados de la Universidad de Princeton, EE UU. 1953. En 1960 fue incorporada como capítulo I al libro del mismo nombre.

### **El poder del filósofo**

Un filósofo es un hombre en busca de sabiduría. Sin embargo, la sabiduría no parece ser un producto muy abundante; nunca ha habido sobreproducción en esta área. Tal vez por eso, mientras más escaso es aquello que supuestamente interesa y preocupa al filósofo, más inclinados nos sentimos a pensar que la sociedad necesita de él desesperadamente.

Desafortunadamente, no existe propiamente eso que llamamos ‘el filósofo’; ésta es una abstracción que sólo existe en nuestra mente. Lo que hay son filósofos; y los filósofos, en tanto que filosofan, están, o parecen estar, en desacuerdo en todo, incluso en los primeros principios de la filosofía. Cada uno sigue su propio camino. Así, ponen en tela de juicio todo aquello sobre lo que existe común acuerdo, y sus respuestas son igualmente conflictivas.

¿Qué se puede esperar de ellos para bien de la sociedad?

Por otra parte, la grandeza de un filósofo y la verdad de su filosofía son valores completamente independientes. Puede ocurrir que grandes filósofos se encuentren en el error. Por ejemplo, los historiadores otorgan el honor de ser “los padres del mundo moderno” a dos hombres, el primero de los cuales fue gran soñador y pobre filósofo, Juan Jacobo Rousseau, y, el segundo, pobre soñador y gran filósofo, Hegel. Y ha sido justamente Hegel el que ha sumido al mundo moderno en errores más profundos y fatales que aquellos provenientes de Rousseau.

En todo caso, este sólo hecho pone de manifiesto ante nosotros, sea para bien o para mal, el poder y la importancia de los filósofos. (Si no recuerdo mal, Esopo dijo lo mismo a propósito de ese órgano tan valioso: la lengua). Si la mala filosofía es una plaga de la sociedad, ¿qué bendición debe ser la buena filosofía!

No olvidemos que, si Hegel ha sido el padre del mundo actual, tal como lo conocemos, en cuanto niega la superioridad de la persona humana y la trascendencia de Dios, mientras se arrodilla ante la historia, San Agustín ha sido el padre de la Civilización Cristiana Occidental, de la que el mundo de hoy todavía participa, no obstante sus amenazas y fracasos.

Mirando las cosas desde un punto de vista más analítico, digamos que, en su existencia actual, la sociedad no puede avanzar sin los filósofos.

Incluso cuando están equivocados, los filósofos son una especie de espejo, en lo más alto de la inteligencia, en el que se reflejan las tendencias más profundas que oscuramente juegan en la mente humana en cada época de la historia. (Mientras más grandes son esas tendencias, más activas y poderosamente radiantes aparecen en el espejo).

Ahora bien, si somos seres pensantes, tales espejos nos son indispensables. Después de todo, es mejor para la sociedad humana tener los errores hegelianos con Hegel, que esos mismo errores sin Hegel, esto es, errores difusos y escondidos – que son de tipo hegeliano pero anónimos e irreconocibles – circulando sin freno en el cuerpo social.

Un gran filósofo en el error es como un faro en el arrecife diciéndole al marino: “navega lejos de mí”. Él le permite a los hombres (al menos a aquellos que no ha logrado seducir) identificar los errores que padecen y alcanzar plena conciencia para luchar contra ellos. Esta es una necesidad esencial de la sociedad, en cuanto no es una mera sociedad animal, sino una sociedad de personas dotadas de inteligencia y libertad.

Incluso si los filósofos están divididos entre sí, al parecer sin esperanza, en su búsqueda de una verdad superior y absoluta, al menos buscan la verdad; y sus mismas controversias, constantemente renovadas, son un signo de la necesidad de dicha búsqueda. Esas controversias no se refieren al carácter ilusorio e inalcanzable del objeto que buscan. Se refieren al hecho de que tal objeto es sumamente difícil a causa de su importancia crucial. ¿No es un hecho que lo que es crucial por su importancia, lo es también por su dificultad?

Platón nos enseñó que las cosas bellas son difíciles y que, por ello, no debiéramos evadir los peligros hermosos. La Humanidad caería en grave riesgo y pronto en la desesperanza si eludiese los peligros hermosos de la razón y la inteligencia. Más aún teniendo en cuenta que es un lugar común, en los insuperables desacuerdos que dividen a los filósofos, que muchas cosas son cuestionables y sobre-simplificadas.

En realidad, no hay duda que estos desacuerdos existen. Sin embargo, en cierto sentido hay mucha mayor continuidad y estabilidad en la filosofía que en la ciencia. Así, mientras una nueva teoría científica cambia completamente la manera misma en que la antigua teoría presentaba el problema, los problemas filosóficos son siempre los mismos, en una u otra forma. Es más, una vez que las ideas filosóficas básicas han sido descubiertas, se transforman en adquisiciones permanentes de la herencia filosófica. Y, no obstante ser usadas de varias maneras, incluso, en sentidos opuestos, ellas siguen todavía presentes.

Finalmente, si los filósofos luchan y disputan tan violentamente, es porque cada uno ha visto algo de la verdad, lo que, frecuentemente, ha deslumbrado sus ojos, al punto de llegar a conceptualizarla de una manera insana.

De ello debieran tomar nota sus colegas filósofos, cada uno desde su propia perspectiva.

### **Utilidad de la filosofía**

Llegamos así a una consideración esencial: ¿cuál es la utilidad de la filosofía?

La filosofía, en sí misma, está por encima de la utilidad. Y por esta misma razón, la filosofía es de la mayor necesidad para los hombres. Les recuerda la suprema utilidad de aquellas cosas que no tienen que ver con los medios sino con los fines. Porque los hombres no sólo viven de pan, vitaminas y descubrimientos tecnológicos. Viven de valores y realidades que están por encima del tiempo, y que son dignos de ser conocidos por sí mismos; ellos nos alimentan con la invisible comida que sostiene la vida del espíritu, y nos mantienen alertas, no de tal o cual medio al servicio de la vida, sino de las razones profundas para vivir, sufrir y tener esperanza.

El filósofo en la sociedad es un testigo de la dignidad suprema del pensamiento. Él apunta a lo que es eterno en el hombre, a lo que estimula nuestra sed por el conocimiento puro y desinteresado, por el conocimiento de aquellas cuestiones fundamentales - acerca de la naturaleza de las cosas y de la naturaleza de la mente, del hombre mismo y de Dios - que son superiores e independientes de todo lo que podemos hacer, producir o crear, porque pensamos antes de actuar y nada puede limitar el alcance del pensamiento.

Nuestras decisiones prácticas dependen de las posiciones que asumimos respecto de aquellas interrogantes últimas y fundamentales que el pensamiento humano es capaz de plantear. Esa es la razón por la que los sistemas filosóficos, que no están dirigidos a ningún uso o aplicación práctico, tienen, como lo he señalado al comienzo, un impacto tan grande en la historia humana.

Los representantes del materialismo dialéctico afirman que la filosofía no tiene que limitarse a contemplar el mundo, sino que debe transformarlo: porque la filosofía es esencialmente praxis, un instrumento de la acción, el poder ejercitado sobre las cosas. Esto no es sino un regreso a la vieja confusión mágica entre el conocimiento y el poder, y su completo desprecio de la función del pensamiento.

La filosofía es esencialmente una actividad desinteresada, dirigida hacia el amor a la verdad en sí mismo, y no una actividad utilitaria por el mero propósito del poder sobre las cosas. Esa es la razón por la que la necesitamos.

Si la filosofía es una de esas fuerzas que contribuye al movimiento de la historia y a los cambios que ocurren en el mundo, es porque ella, en su primera función – que es la penetración metafísica del ser –, está dedicada solamente a discernir y contemplar lo que es verdad en ciertas materias importantes en sí mismas y por sí mismas, independientemente de lo que ocurre en el mundo. Es esa precisamente la razón por la que ejerce una influencia esencial en el mundo.

Hay dos aspectos relativos a la función del filósofo en la sociedad que tienen, me parece, especial importancia en el día de hoy. Ellos tienen que ver con la Verdad y con la Libertad.

El mayor peligro que amenaza a las sociedades modernas es el debilitamiento del sentido de la Verdad.

Por un lado, los hombres han alcanzado la costumbre de pensar en términos de estímulos y respuestas y de ajuste al medio ambiente; mientras que por el otro, aparecen desconcertados por el modo en que las técnicas políticas de publicidad y propaganda usan las palabras y el lenguaje mismo, por lo que, al final, tienden a abandonar todo interés en la verdad: lo único que importa son los resultados prácticos, la mera verificación material de hechos y cifras, sin que exista una adhesión interna a ninguna verdad conocida.

Aunque en su quehacer especulativo el filósofo no preste atención a los intereses de los hombres, ni a los del grupo social, ni a los del Estado, siempre está, sin embargo, recordándole a la sociedad el carácter absoluto e inquebrantable de la Verdad.

En cuanto a la Libertad, el filósofo le recuerda a la sociedad que ella es la condición primera para el ejercicio del pensamiento. Se trata de un requerimiento del propio bien común de la sociedad humana, el que se desintegra tan pronto como el miedo, sobreponiéndose a las convicciones íntimas, impone una orientación determinada a la mente humana.

El filósofo, incluso cuando está equivocado, critica libremente al menos las cosas hacia las que los hombres se sienten atraídos. El testimonio de Sócrates ejemplifica esta función crítica, que es inherente a la filosofía. No obstante que la sociedad le expresó su gratitud de manera por demás particular, él sigue siendo un gran ejemplo del filósofo en la sociedad.

No es sin razón que Napoleón rechazaba a los ideólogos y que los dictadores, por regla general, odian a los filósofos.

### **Filosofía Moral**

Hasta aquí he hablado primeramente de filosofía especulativa o teórica, cuyo aspecto principal es la metafísica. El nombre de Sócrates nos lleva a otra clase de filosofía, cual es la filosofía moral o práctica.

Aquí, la necesidad de la filosofía para la sociedad y, más específicamente, de una filosofía sana, aparece de una manera más inmediata y urgente.

Se dice frecuentemente que las ciencias nos proveen de medios cada vez más y más poderosos y, al mismo tiempo, más y más asombrosos. Tales medios pueden ser usados para bien o para mal, dependiendo de la finalidad que sirven.

Pues bien, la determinación de la verdadera y genuina finalidad de la vida humana no pertenece al ámbito de la ciencia. Ella pertenece al ámbito de la sabiduría, esto es, al ámbito de la filosofía, y, a decir verdad, no solamente de la sabiduría filosófica, sino de la sabiduría que es don de Dios.

Es en conexión con esto que la sociedad necesita de los filósofos. Más aún, necesita santos.

Desde otro ángulo, las ciencias humanas – sicología, sociología, antropología – nos proveen de un valioso y creciente material en relación a las conductas individuales y colectivas de los hombres y a los componentes básicos de la vida humana y la civilización.

Esto es de una ayuda inmensa en nuestro esfuerzo por penetrar el mundo del hombre. Sin embargo, todo este material y este inmenso tesoro de hechos carecería de toda significación si no fuese interpretado a fin de iluminarnos sobre lo que es realmente el hombre. Esta es precisamente la tarea de interpretación que es propia del filósofo.

El punto que me interesa destacar es que la sociedad necesita especialmente esta clase de trabajo interpretativo.

Puesto que la mera información material o cualquier reportaje ‘tipo Kinsey’ sobre los hábitos humanos, tiende más bien a dañar los conocimientos raíces de toda sociedad, en tanto no van acompañados de un conocimiento genuino del hombre, dependiente en último análisis de la sabiduría y de la filosofía.

Solamente el conocimiento filosófico del hombre nos permite, por ejemplo, distinguir entre lo que es cómodo para la naturaleza y la razón del hombre, y la manera en que los hombres actúan de hecho en la mayoría de los casos. En otras palabras, distinguir entre los tipos de conductas realmente normales y los modos de comportamiento que son estadísticamente frecuentes.

Por último, tratándose de los valores y de los estándares morales, la consideración de nuestro mundo actual nos autoriza a hacer el siguiente comentario: es muy desafortunado que una civilización deba sufrir a causa del quiebre entre los ideales que constituyen su razón de vivir y actuar, y por los cuales continúa su lucha, y el molde interior de la mente dominante en el pueblo, que realmente implica duda e inseguridad mental a propósito de ese mismo ideal.

En el hecho, la sicología común de una sociedad o civilización, la memoria de sus experiencias pasadas, sus tradiciones familiares y comunitarias y esa especie de temperamento emocional o estructura vegetativa de sentimientos así engendrados, pudieran mantener en la conducta práctica de los hombres una devoción profundamente arraigada hacia estándares y valores en los cuales su intelecto ha dejado de creer.

Bajo tales circunstancias, es posible que ellos estén dispuesto incluso a morir, si es necesario, por rechazar algunas acciones contrarias a la ética o por defender la justicia y la libertad, no obstante haber perdido toda justificación racional de las nociones de justicia, libertad y conducta ética. Estas son cosas que han dejado de tener un objetivo o un valor incondicional y, tal vez, ningún significado en sus mentes.

Semejante situación es posible, pero no puede durar.

Así, pues, vendrán tiempos en que los seres humanos abandonarán en su vida práctica todos aquellos valores acerca de los cuales han dejado de tener una convicción intelectual. De allí que podamos darnos cuenta de cuán necesaria es la función de una sana filosofía moral en la sociedad humana. Ella tiene que dar, o devolver, a la sociedad la fe intelectual en el valor de sus propios ideales.

Estas observaciones son aplicables, en una forma por demás particular y convincente, a la sociedad democrática, puesto que los fundamentos de una sociedad de hombres libres son esencialmente morales.



Existe cierto número de principios morales – a propósito de la dignidad de la persona humana, de los derechos humanos, de la igualdad humana, de la libertad, de la ley, del respeto mutuo y de la tolerancia, de la unidad de la especie humana y del ideal de paz entre los hombres – respecto de los cuales la democracia presupone un consentimiento común. Sin una convicción razonada, general y firme a propósito de tales principios, la democracia no puede sobrevivir.

No es trabajo de científicos, expertos, especialistas y técnicos, sino de los filósofos, el buscar la justificación racional y el esclarecimiento de la carta constituyente de la democracia.

En este sentido, no es aventurado decir que el rol del filósofo en la sociedad, en el orden de los principios, es tan importante como el rol del estadista, en el orden práctico del gobierno.

Ambos pueden ser profundamente destructivos si están equivocados. Ambos pueden ser sirvientes genuinos del bien común, si van por el camino debido.

Nada es, pues, más inmediatamente necesario para nuestro tiempo que una sana filosofía política.

Traicionaría mis propias convicciones si no agregase que – dado, por una parte, el estado de confusión y de división en que se encuentra la mente moderna, y, por otro, el hecho de que el incentivo profundo del pensamiento democrático es, como la ha notado Henri Bergson, una repercusión de la inspiración evangélica en el orden temporal – la filosofía, especialmente la filosofía moral y política, puede llevar a cabo su función normal en la sociedad moderna, sólo si mantiene una continuidad vital con el espíritu de la tradición judeo-cristiana y con la sabiduría del evangelio. Esto es especialmente necesario en consideración a la necesidad de la sociedad democrática de establecer genuina y racionalmente sus principios comunes básicos.

En otras palabras, la filosofía moral y política requerirá de un trabajo y esfuerzo de la razón humana de acuerdo a los más altos requerimientos de los métodos y principios filosóficos, equipados con todas las armas y la información de la ciencia contemporánea y guiados por la luz de las verdades supremas de que nos hace conscientes la fe cristiana.

Sé perfectamente que la noción de “filosofía cristiana” es una noción controversial y más bien complicada. Desde luego, no tengo intención de discutir aquí ese problema. Me gustaría sólo señalar que se trata de algo que no puedo evitar plantear. Personalmente, mientras más medito en la relación entre filosofía y teología en el curso de la historia, más me convengo que, en la existencia real y concreta, este problema se resuelve favorablemente en la noción de filosofía cristiana.

Hay un último punto que quiero señalar, en el que me limitaré a unas pocas observaciones. Tiene que ver con la actitud del filósofo hacia los asuntos humanos de carácter social y políticos.

No hay necesidad de decir que un filósofo puede dejar de lado sus empeños filosóficos y transformarse en un hombre de la política. Pero, ¿cuál es la situación del filósofo que se mantiene como simple filósofo y actúa sólo como filósofo?

Podemos suponer, por una parte, sin temor a equivocarnos, que carece de la experiencia, la información y la competencia propias de los hombres de acción: sería muy desafortunado para él asumir la tarea de legislar en materias sociales y políticas en nombre de la lógica pura, como lo hizo Platón.

Sin embargo, por otra parte, el filósofo no puede -- especialmente en nuestro tiempo -- encerrarse a sí mismo en una torre de marfil; él no puede evitar preocuparse de los asuntos humanos, en el nombre de la filosofía, en sí misma, y en razón de los mismos valores que la filosofía debe defender y mantener.

Él tiene que ser testigo de esos valores, cada vez que son atacados, como en los tiempos de Hitler cuando la insensata teoría racista provocó el asesinato en masa de los judíos, o como ocurre hoy ante la amenaza de esclavitud por el despotismo comunista.

El filósofo debe ser testigo de su tiempo expresando sus pensamientos y diciendo la verdad tal como la ve. Esto puede tener repercusiones en el dominio político; en tal caso no es, en sí mismo, una acción política; es, simplemente, filosofía aplicada.

Es verdad que, en este caso, la línea de demarcación es difícil de señalar. Esto significa que nadie, ni siquiera el filósofo, puede evitar tomar riesgos cuando la justicia o el amor están en juego y cuando uno se encuentra cara a cara con el mandamiento estricto del evangelio: “Ahí está lo que ustedes debían poner por obra, sin descartar lo otro”. \*

\* Mateo, 23:23: “¡Ay de ustedes, maestros de La ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes pagan el diezmo hasta sobre la menta, el anís y el comino, pero no cumplen la Ley en lo que realmente tiene peso: la justicia, la misericordia y la fe. Ahí está lo que ustedes debían poner por obra, sin descartar lo otro.”

